

IV Congreso Latinoamericano de Traducción e Interpretación

**MISIÓN IMPOSIBLE:
CONVENCIONES EN LA TRADUCCIÓN
AL ESPAÑOL**

Martha Edwards

PhD, traductora e intérprete

Oficina de Servicios Lingüísticos, Departamento de Estado de los Estados Unidos

Misión imposible: Convenciones en la traducción al español

Martha Edwards

PhD, traductora e intérprete

Oficina de Servicios Lingüísticos, Departamento de Estado de los Estados Unidos

Esta presentación tiene como objetivo compartir algunas experiencias en la problemática de las traducciones e interpretaciones vividas por personal del Departamento de Estado de los Estados Unidos, así como hablar de soluciones que se aplican y la evolución de nuestras prácticas. Hablaremos de lo que ha funcionado bien y lo que nos ha traído problemas, de algunas convenciones que usamos y de las variantes que nos permitimos al traducir e interpretar.

Pero me toca confesar primero que es un atrevimiento de mi parte hablarles el día de hoy: que soy una de las profesionales más nuevas de la oficina, que tengo apenas dos años y medio de experiencia en plantilla, y que no estudié traducción ni interpretación, sino literatura e historia. En los dos años que viví en Buenos Aires trabajaba esporádicamente como traductora e intérprete, y después fui periodista para un canal de televisión hispano en Albuquerque, Nuevo México. En Washington trabajé veinte años en el campo de las adopciones internacionales, donde traducía informes sociales y médicos, cartas de recomendación, certificados de buena conducta y resoluciones de tutela y adopción, o interpretaba en las entrevistas de padres adoptivos con asistentes sociales, jueces y autoridades de migración. Pero ese no era mi trabajo principal, y pasaba a veces muchos meses sin traducir nada. Soy de los que trabajaron accidentalmente en el ramo hasta que se convirtió en hábito y luego en profesión. Me adelanto entonces a decir que mi visión es la de una relativa novata, y les pido disculpas a ustedes y a mis colegas por los errores que pueda cometer, los cuales, como dicen en los prólogos, son responsabilidad mía únicamente.

Traductores e intérpretes que trabajan en la Oficina de Servicios Lingüísticos del Departamento de Estado de los EEUU enfrentan a diario el dilema de las variantes del idioma que deben manejar. En la labor directa con el Ministerio y la Casa Blanca se trabaja un lenguaje altamente sofisticado, diplomático, técnico, y especializado. Traducimos correspondencia diplomática, tratados, convenios, acuerdos, memorandos de entendimiento, resoluciones judiciales, así como gran cantidad de los escritos cotidianos que sirven de antecedentes a esos documentos formales. Usamos un manual de instrucciones que nos ofrece las directrices para el lenguaje y la forma que hay que emplear.

Pero también nos tocan asuntos más mundanos, como reglamentos de seguridad para las instalaciones del personal diplomático en el extranjero, formularios de migración y pasaportes, avisos públicos sobre temas legales y notificaciones sobre eventos que pueden ser de interés para los residentes o ciudadanos de los Estados Unidos. Ahí nos metemos en un mundo idiomático que varía según el país de procedencia de sus usuarios, sus niveles de escolaridad y la antigüedad de sus raíces en nuestro país. Hay, por ejemplo, rincones de habla española en lugares tan remotos como las montañas de los estados de Nuevo México y Colorado, donde desde el siglo XVII el idioma viene evolucionando en condiciones de aislamiento. Así todo el progreso de la era industrial tiene su propia nomenclatura, y se habla de “arriar” el carro y de que la polea está “esculcando”. Al igual que todas las variantes del español en las Américas, influyen las palabras indígenas regionales y las del inglés. Este idioma regional se ha vuelto casi netamente oral, habiendo muy poca gente alfabetizada en español, aunque sí lo sea en

inglés. Entonces es inútil preguntar cómo se deletrea una palabra, un error que yo cometí cuando uno de mis sobrinos neomexicanos me describió a una persona diciéndome que es “un mehuele.” Eso a mí me sonaba a náhuatl, pero la pista era falsa. Cuando me explicó las características del mehuele: un tipo que se queja constantemente de todo y por todo, se me prendió la lamparita y comprendí que no tenía nada que ver con indigenismos, sino que provenía de “me duele”. El pobre Jacobo no tenía idea.

Los habitantes de esa región salpican el idioma con inglés o con traducciones literales del inglés. Así cuando llaman por teléfono y no está la persona con quien quieren hablar, te dicen “Yo lo llamo pa’ tras”. (I’ll call him back). El aparato se llama el teléfono, y la guía para usarlo “el libro del teléfono”. El camión es una troca, que cuando no le funcionan las marchas hay que cambiarle la clocha, y el 25 de diciembre se celebra el “crismes”. Cuando murió el abuelo del que era mi marido, mi tío político se sentía muy orgulloso de estar entre los “polberos” –portadores del féretro–, para su funeral.

Existe un diccionario del español de Nuevo México y Colorado, de Rubén Cobos, muy extenso y con muchas explicaciones históricas interesantes. Pero lo del mehuele, como otras muchas palabras, no figura en él: por lo menos yo nunca lo encontré, aunque vaya a saber uno cómo se escribe. A un colega le gusta ilustrar las tareas imposibles que a menudo se espera de nosotros contando la anécdota de la vez que le pidieron con toda seriedad que produjéramos una traducción al “español del barrio norte de Denver”.

Consabido es que, en Nueva York y otras grandes ciudades, hay gente que tiene la profesión de “deliberar groserías.” Una vez me tocó traducir la declaración jurada de una pobre señora que era parte en un juicio y se sentía injustamente acusada. En el escrito le echaba la culpa a la gerencia de su oficina, a quienes describía como gente “jalai”. Yo escudriñé esa palabra, escrita j-a-l-a-i, con cara de punto y coma, hasta pronunciarla en voz alta. *High life, of course!*

Nos ha tocado traducir formularios, folletos y manuales de instrucciones para distintos organismos gubernamentales a nivel federal, estatal o municipal, y nunca falta el hispanohablante que llama o nos pide una reunión para quejarse de las expresiones inexactas que hemos usado en la traducción. A veces es fácil responder, incluso cambiar la palabra, si se quiere platicar en vez de charlar, porotos en vez de frijoles o microbus en vez de colectivo. Más delicado es cuando nos dicen –como nos dijeron– que la palabra “carpeta” es inaceptable para “file folder,” porque para el interlocutor, “carpeta” es lo mismo que alfombra. Cuando preguntamos entonces, perplejos, ¿cómo le llamaría usted a esta cosa? nos respondió “no sé, pero búsqenle otra palabra”.

Uno de los atractivos de nuestra oficina es que somos todos algo exóticos. Todos somos de alguna manera multirraciales o multiétnicos, con parejas y familiares de otras nacionalidades, y con importantes experiencias internacionales. En los pasillos se escuchan todos los idiomas europeos, el ruso, chino, japonés, árabe, coreano, y ucraniano. Y eso sin hablar de los contratistas. Es un lujo contar con todos los años de experiencia y todos los idiomas representados por mis colegas cuando uno tiene una duda. Nunca sabes quién podrá tener la respuesta o la forma de encontrarla. Una vez traduje un documento muy largo y muy interesante sobre el patrimonio cultural y artístico de Guatemala, y no encontraba en ninguna parte la palabra que me hacía falta para describir el acabado de una cerámica Maya del siglo IX o X. La que me ayudó con las pistas y me llevó por el camino de la respuesta es una traductora alemana que habla italiano, pero sabe mucho de cerámica. Con la ayuda de sus conocimientos y palabras afines, y dentro la enorme biblioteca donde todavía me siento como Alicia en el país de las maravillas, pudimos encontrar la palabra en italiano, de ahí al alemán y finalmente leer

un tratado sobre cerámica en una enciclopedia en inglés, donde encontramos la descripción de la técnica y por ella descubrimos la palabra necesaria que me estaba faltando.

Los que trabajamos en español y francés tenemos la fortuna de ser varios, porque para esos idiomas hay mucha demanda. Este hecho nos da el lujo de consultarnos entre nosotros, además de tener siempre quien nos revise y nos corrija el trabajo. Es el proceso de revisión, junto con el manual de formalismos, el que juega un papel muy importante en la conservación de las tradiciones lingüísticas, asegurando que exista un máximo de coherencia en el idioma que emana de nuestras computadoras.

Para mí esa parte –las correcciones constantes– ha sido una revelación y un tremendo instrumento de aprendizaje. Reconozco que ser permanentemente criticado y corregido –sobre todo a estas alturas de la vida (yo ya me siento aludida cuando se habla de “mujeres de cierta edad”)– no es nada fácil. Peor es que durante los primeros dos años de mi trabajo, a mí me revisaban todo, y yo no tenía rango para corregirle a nadie. Una se ríe del público, pero le toca sentirse discriminada en sus regionalismos cuando le tachan “brasileño” para ponerle “brasileño”, le cambian el teléfono “interno” por ponerle “extensión” e insisten en que “setiembre” se escriba con pe. Entre mis colegas traductores hay experiencias de vida en muchos países, pero sólo yo tengo la rioplatense (mi jefe me llama Charrúa por eso, pero creo también porque a veces me revientan esas correcciones y me pongo brava). Una vez, le puse una nota a uno de mis correctores, diciéndole “no me corrijas la palabra setiembre, porque esta ponencia es para el Paraguay, ¡donde se escribe sin p!”

Pero fuera de broma, en Estados Unidos vivimos al lado de México y Centroamérica, regiones de las cuales procede la mayoría –alrededor del 85 por ciento– de nuestros inmigrantes hispanos. Por lo tanto es más que lógico que nuestras traducciones oficiales y extraoficiales favorezcan al español de esas partes. Hoy que los hispanos se han convertido en la minoría de más peso en Estados Unidos –se dice que alcanzan a ser 37 millones, superando por primera vez, en medio millón, a los negros– esa población interna ejerce una influencia que va superando a la de nuestros vecinos. La radio, la televisión y la prensa latina en Estados Unidos, por no tocar el tema de los reclames en español, hace mucho que usan su propio idioma, que es una mezcla de todo. Cada día surgen más carteles, indicativos, instrucciones, ensayos, cuentos, y novelas que refuerzan la existencia del Spanglish que es una especie de esperanto del siglo XXI. Y se toman posiciones políticas e ideológicas en pro y en contra de esa forma de expresarse.

Por el momento, la Oficina de Servicios Lingüísticos sigue usando convenciones, pero se aplican cada día con menos rigidez. Algunas, como la de referirse a los Estados Unidos en plural, persisten. Pero la flexibilidad acompaña necesariamente al cambio dinámico que sufre el idioma, así como a los cambios estructurales de la oficina. Hace diez o quince años había una división muy estricta entre traductores y revisores, y los unos nunca hacían el trabajo de los otros. Hoy todos traducen y todos – menos los novatos como yo – revisan por igual. Para los idiomas más exóticos o cuando apremia el tiempo, no siempre se puede revisar, lo que también contribuye a que el producto sea menos uniforme que años atrás.

Además de los revisores y el manual, utilizamos varios glosarios informales guardados en los servidores de la red interna, donde se almacena la terminología que se ha acordado usar en las traducciones oficiales. Son glosarios que se van ampliando y modificando con el tiempo, y muchas veces son nuestra herramienta más útil, porque nos resuelven esas irritaciones constantes de los nombres de dependencias y cargos

públicos, fórmulas lingüísticas de la diplomacia, y nombres de tratados, convenciones y acuerdos, entre otros muchos datos.

Desde que empecé a trabajar yo en el Departamento se han visto multiplicados los trabajos en PowerPoint, un desafío adicional para el traductor no sólo por lo que exige en materia de manejar un programa de computación, sino porque lo que se nos pide traducir llega fuera de todo contexto. Titulares, agendas y listas que le sirven de ilustración a un conferencista pueden ser un verdadero rompecabezas para el traductor. Cuando las diapositivas vienen además pobladas de siglas, ni se diga. Cosa que ocurre con mucha frecuencia. Hay posibilidades de defenderse cuando es posible hablar con el solicitante para pedirle aclaraciones, o si el tema, el organismo o el vocabulario aparecen milagrosamente en Internet (¿cómo hacíamos antes de Internet? ¿Alguien se acuerda?). Pero cuando el solicitante no es el autor, ni hay cómo identificar a la fuente ni al propósito del conjunto de diapositivas, entramos a terreno muy peligroso.

Por lo general creo que acertamos, porque somos sumamente meticulosos, y cuando tenemos dudas consultamos a todo el que esté dispuesto a escucharnos. Hay gente increíble, instruida en una variedad impresionante de áreas de conocimiento en nuestra oficina. Contamos con abogados, científicos, diplomáticos, músicos y artistas plásticos. Aún así temo que hay ocasiones en que metemos la pata hasta el anca. Es imposible saberlo todo. Yo de novata, por ejemplo, para mi sorpresa descubrí un error bastante importante en la traducción de unos documentos que formaban parte de un juicio internacional. Lo descubrí por casualidad, porque no me tocaba revisar, y lo reconocí solamente por la experiencia que tengo en las adopciones internacionales. Se trataba de la traducción de “apostilla”, que en este caso es un proceso de legalización de documentos jurídicos, llevado a cabo conforme a indicaciones de un convenio de La Haya. Por entenderla como figura en los diccionarios, tanto en inglés como en español, se había malinterpretado y por lo tanto cambiado el sentido de la hoja entera. No tenía mayor importancia para el trabajo en total, porque no alteraba el significado de los hechos narrados en la resolución judicial, pero sí se había errado por completo en la traducción del significado de la apostilla.

Es imposible, entonces, que no existan otros ramos de conocimiento igualmente especializado donde hayamos cometido errores de los cuales nadie se percató, y hayamos dejado al destinatario de repente rascándose la cabeza.

Cuando interpretamos –y cuando examinamos a los intérpretes que se postulan a trabajar en el Departamento de Estado– se busca un español neutral no sólo en su vocabulario sino también en su acento. Regionalismos muy pronunciados como las plurales sin ese, la ere pronunciada como ele, la elle rioplatense o el ceceo peninsular no son deseables. Si el resultado de un examen es brindarnos a tres candidatos igualmente hábiles, vamos a optar por el que tiene un acento indefinible, dejando de lado tanto al chilango como a la gurisa.

Cuando nos toca la cabina de interpretación, trabajamos en equipos de dos, muchas veces con contratistas. Uno nunca sabe con quién le va a tocar, y pocas veces se tiene material sobre el tema de antemano. Los intérpretes se ayudan mutuamente con glosarios personales creados al vuelo en trabajos anteriores que pueden haber sido sobre el mismo tema u otro similar, sobre el mismo país o con el mismo grupo de gente. Muchas veces entran a cabina con sus computadoras portátiles y mientras uno interpreta, el otro está consultando las listas, añadiéndoles palabras o buscando algún término en Internet. Muchas veces he comenzado con una interpretación que luego abandono por otra: ya sea porque el glosario, el compañero de cabina o el mismo personaje para quien hago la

interpretación me facilita una opción mejor. Curioso que tiene su parecido con el papel desempeñado por el revisor en las traducciones.

Con todo, en la interpretación somos menos exactos que en la traducción, porque no tenemos tiempo para corregir, investigar ni perfeccionar. Los intérpretes se mantienen al día leyendo libros, diarios y revistas del exterior, y estudiando a fondo muchos temas políticos, económicos, comerciales y militares que de repente les interesan poco o nada. A pesar de esto siempre se puede contar con una sorpresa. Para mí personalmente, la traducción ha sido un gran instrumento de aprendizaje para la interpretación, sobre todo porque en nuestra oficina se traducen tantos documentos que reaparecen o forman la base de las conversaciones y negociaciones bilaterales. Cuando traduzco tengo la obligación de encontrar el término justo, preciso y correcto, y si me equivoco, el revisor me lo va a hacer saber. Y lo que aprendo en ese proceso vuelve a aparecer casi siempre en las reuniones donde me toca interpretar. Me dicen que antiguamente, en el Departamento de Estado la mayoría de los intérpretes eran traductores y viceversa. Hoy hay una división marcada entre los dos, aunque algunos traductores interpretan y otros pocos intérpretes traducen. Yo soy de la minoría que hace ambas cosas, ambas me gustan, y me parece que ambas se complementan y se enriquecen entre sí. Otros no opinan lo mismo.

De todas maneras, mis experiencias en el sector público durante los últimos dos años y medio han sido muy interesantes, sumamente edificantes y siempre desafiantes. No ha dejado de impresionarme la cantidad de recursos que tenemos disponibles para cumplir de la mejor manera posible con esta misión imposible. Lo único que nos falta, y que quisiera empezar a lograr en reuniones como ésta, es un contacto constante, con su correspondiente intercambio de ideas, opiniones y, claro está, vocabulario, con nuestros colegas en ministerios de otros países. El año pasado una traductora alemana hizo una pasantía de un mes con nosotros, pero fue una excepción. Sería un sueño que algún día se sistematizaran esas rotaciones, y que todos tuviéramos la oportunidad de trabajar de vez en cuando en los ministerios de países cuyos idiomas traducimos e interpretamos a diario.